

EL PARAISO ESTA VACIO
de Raúl Zurita

Prólogo de
LA VIDA NUEVA

Inscripción ISBN 59199
©Raúl Zurita C. © Mario Fonseca V.
Edición de 75 ejemplares
numerados y firmados por el autor.
Editada por Mario Fonseca Velasco,
El Bosque 576, Santiago, Chile.
Impresa por Impresos Offset,
Mallinkrodt 102, Santiago, Chile.
Se terminó de imprimir
en el mes de abril de 1986.

Ejemplar número

1

Raúl Zurita

Santiago de Chile
1986

*Te palpo, te toco y mis dedos buscan a
tientas los tuyos porque si yo te siento
y tú me sientes tal vez no todo esté perdido
¿Está todo muerto?. Sólo la oscuridad
responde pero la barbarie y el asesinato
en mi país son más oscuros que nuestras
sombras. Sin embargo también aquí he
comenzado "La Vida Nueva". Yo sé que
tú estás ahí esperando. Hoy, el dolor
ha caído nuevamente sobre nosotros
y mis ojos sólo ven a una desaparecida.
Te quiero, y como en este papel, las yemas
de mis dedos recorren las tuyas y nuestras
pupilas se encuentran, aunque ya muy
veladas, se encuentran.*

Febrero, 1983.

No. Son miles de pájaros picoteando los restos de un caserío humeante. El humo se adensa; es una cara bañada en transpiración hundiendo en sus ojos un clavo

Los árboles estallan. Grandes bandadas de aves sustituyen el negro de las hojas y emprenden el vuelo. Los romboides de sus alas comienzan a hundirse hasta formar millares de celdas que se abren contra los edificios. La muchedumbre golpea con furia los barrotes. Son los árboles

oh fin

Arde. La Victoria, Lo Hermida arden subiéndose de dolor por sus caras. El gentío se desfonda por sus mismas caras, no, es un abismo abriéndose contra el cielo, quién, quién

Centenares, cientos de sombras cada vez más oscuras se retuercen copando la crepitante luz. Son dos insectos trenzados en un desafío mortal. Sus alas transparentes comienzan a derrumbarse como casas bombardeadas. Desde los polvorientos escombros emergen infinitudes de seres vivos que se agrupan formando la figura de Cristo. Se ríe, se ríe a carcajadas... es un valle paleolítico rodeado de volcanes

fin
fin

Sólo una llamarada en la noche. Las covachas de madera se queman, perdiéndose para arriba las chamizas hasta estrellarse contra una bandada de pájaros que se cubren de sangre inundando el inmenso campo. Raúl corre feliz entre las hierbas, le dicen amor mío, llama. No, son sólo sus ojos enrojecidos que se vuelven hacia el cielo, dime, dime...

Háblame, háblame. Los cráteres se abren, se hunden en la piel montañosa de dos ancianos que se miran desgarradamente. Sus ángulos empiezan a fraccionarse hasta desaparecer en los pliegues de cerros de cuerpos esqueléticos empujados por palas mecánicas. Los cadáveres se desmoronan abriéndose en dos bocas totalmente exangües. Son los mismos viejos ahora besándose por cientos de fauces abiertas que les van mordiendo como si se dijeran: No, no me dejes

PERO ESCUCHA SI TU ... no escuchas
DIFÍCIL QUE ME ENTIENDAS TU ... no escuchas
VAMOS MIRA ES INCREÍBLE ES LA DEMENCIA ES UNOS
PEDAZOS POR APENAS UN MINUTO DE FELICIDAD

no escuchas
no escuchas

Se rompe, se prisma en la extensa superficie y luego se apaga. El haz de luz va cayendo sobre una vieja tendida en una mesa de disección. Se escucha el ulular de una sirena: la anciana abre los ojos. Se oye más fuerte: los abre aun más. La mesa mortuoria es ahora una gran plataforma de lanzamiento. Sobre ella, cuadrillas de obreros trabajan en la construcción de una planta eléctrica, no, es una carretera, ah no... es una estación orbital que explota en miles de estrellas fugaces atomizándose. Una fuerte ventisca comienza a succionar los fragmentos y nuevamente emerge el negro cielo ahora completamente despejado, las preguntas, las respuestas, toda una vida, la inmensidad del destino. Embargada de una intensa emoción la anciana se levanta. Poco a poco su cara empieza a trizarse. El ventanal de su cuarto se viene estrepitosamente al suelo. Tras él las llamaradas del sol han capitulado

Sí, es un rostro. Parece arena, pero son los poros de una cara perlada de transpiración, abierta, con los ojos deformados por el miedo, que comienza a estriarse. Se granula, se erosiona y aparece el inmenso cielo baldío cubierto de nubes. Tiembla la luz y el paisaje se desfonda. Es una larga fila de mujeres y niños con los brazos en alto pasando frente a soldados que los empujan con sus armas. Poco a poco los brazos comienzan a alargarse fundiéndose con los surcos de un campo arado visto desde el aire. El hueco entre las nubes sólo deja ver un trecho perdiéndose en la lejanía, no, son boquetes de balas en un muro, más bien era un valle labrado, no no, es el mar espejeándose en dos ojos desmesuradamente abiertos. En su interior todavía se distinguen las mismas mujeres y niños alzando como en un sueño sus brazos. Es la noche. No, son dos negras gafas que estallan rompiéndose en miles de pedazos. Cada pedazo forma la imagen de una inmensa araña que trepa por la pared

Fin

Nuevas gotas de sudor surcan el campo enormemente blanco. Al alejarse el plano se marca en el lente de una cámara fotográfica. El lente pestañea haciendo saltar desde su interior un esqueleto que empieza a perseguir a un hombre en camisón. Lo alcanza justo cuando una mano aferra la muñeca de otra mano que sostiene un fierro al rojo. Chisporrotea, encandila, se hunde. El gran campo blanco es ahora una córnea sangrante

Una gran tempestad de nieve nuevamente lo borra todo. Lentamente los inmensos témpanos se desplazan hasta mimetizarse con la blancura de un cuerpo entrando en una cámara frigorífica. Fijas, sus pupilas apuntan hacia el techo. Se borran otra vez: son dos negras rocas decantándose en el hielo. Detrás de ellas, un grupo de andinistas, cubriéndose con los brazos la cara, intenta desesperadamente avanzar entre la nieve. Vacíos, sus trajes están ahora en el borde una larga piscina. Es el mismo cuerpo desnudo que trata a duras penas de levantarse, sus costillas comienzan a ennegrecerse, se entrecruzan, se arman y asoman las altísimas torres. Es el Cabo Cañaveral. Intensamente albo, el gigantesco Titán inicia lentamente su ascenso. Al rato sólo se distingue la estela de fuego que van dejando sus turbinas. Su ascenso se va haciendo cada vez más acelerado hasta terminar perdiéndose apenas como un punto rojo en el cielo. El rojo inunda el campo, ah sí, son las flores

Fin

Estallan las nubes tomando el color bermellón del anochecer. Se acercan aceleradamente aguzándose hasta ser el humo que expele un bombardero antes de transmutarse en la quebrada silueta de un insecto. Sus patas ceden y el macho cae bajo los aguijonazos de la reina deshaciéndose en agua. No, no es agua, es sangre. Asesinado, el padre se desmorona en medio de los chillidos de miles de figuras farragosas que corren a ciegas ante bloques de edificios infernalmente bombardeados. Los bloques se inclinan, se alargan, se derrumban. Son las celdillas hexaédricas de un panal. Desde su interior, mangas de abejas salen zumbando tras la reina y desaparecen entre las nubes. Es la huida. Del crepúsculo comienza a manar un rojo río de esperma

La luz recorta cada vez más los ojos enrojecidos de llanto. En el pequeño cuarto un grupo de soldados dan vuelta todo. Fugazmente, un hombre rodeado de guardias armados aparece mirando con fijeza la cámara. Sus ojos se pegan al lente. Lo traspasan. Herido de muerte un adolescente llama y pide. Su primer plano es el de una embelesada mirando. Dos manos cubren rápidamente las imágenes; la escena desaparece y sólo queda la calle despoblada. Es el desierto, las pequeñas ventanas de las casas se remarcán en la oscuridad de la noche abriéndose hasta ser el cielo cuajado de estrellas. Todo se va desmigajando y nuevamente desaparece. Es una boca que se abre y se cierra. Gruesas lágrimas inundan sus comisuras, enteramente rotas, que empiezan a temblar con el viento; flamean y como un vuelo despuntan los jirones de un grupo de hombres con las manos en la nuca atravesando el despoblado. Instantáneamente la calle se llena de desabridos rostros de mujeres que gritan: Se te morirá, se te morirá. Sus bocas abiertas son una bandada de pájaros que chillan, no, son aviones que caen envueltos en llamas, no, es un paisaje lunar. Sus cráteres se funden con la cara gris del mismo adolescente, ahora enteramente arrugado, que se aparece diciendo: ¿Qué haces? ¿No sabes la noticia? Tu querida, esa que tanto llamabas, ha muerto

Sí fin

Es la visión del cielo. Silenciosamente una muchedumbre de seres desgredados, de aspecto casi humano, comienza a emerger desde sus escondrijos para agruparse en torno a los últimos rayos del sol y es como si por un momento, apenas, el temor hubiera desaparecido de sus miradas

Claro, oh sí, en eso consiste todo; el cielo, la tierra, las palabras. Los colores fluyen, crecen, toman formas, se mezclan y rompen; una línea delgada, la luz, la oscuridad. El lienzo, el papel, una vida, todo está completo, lleno, total; a través de la media luz la bendita mancha de la vida es todo el ecran. Se raja, se parte, se hunde como desde la profundidad la altura de los cielos y toda alrededor la vida está suspendida, burbujeando y rompiendo, todavía sombra en los abismos acuáticos y ya nube. Miles, millones de seres vivos, allí dentro está la partida: oh sí, es blanco como el cielo, no no, es negro, los cimientos son grises como la mezcla que somos. Construir el cielo en la tierra, cómo salvar gentes, en eso consiste todo; el cielo, la tierra, las palabras

Fin

Los enormes campos rojos continúan fundiéndose con la lejana. Detrás, rebaños de vacas pastan en praderas también infinitas. El campo rojo se desvanece en un sinnúmero de pequeñas manchas sobre las rompientes de las olas. Ya es plena noche, el sol se ha hundido en la niebla y el mar ha callado. La manada de vacas corre zigzagueando entre las rocas. La primera tambalea y cae; en vuelo, por un instante, el polvo de la caída dibuja el rostro emocionado de Salvador Allende ante la multitud que lo aclama. La multitud se dispersa mezclándose con el mar cada vez más oscuro. Las pequeñas manchas rojas sobre las rompientes empiezan a agrandarse, fulguran, se enroscan y estalla encendiéndose la tormenta. Contra ella se recortan iluminadas rasantes de rostros mudos que gesticulan, de balnearios atestados de gente, de un largo plano que comienza a elevarse y desaparece. Se oye un gran estampido y todo cambia. Un hombre pálido, de débil aspecto, que camina lamentándose, no, canta, no, está llorando, levanta su cara hacia lo alto y pregunta: Ay chaqmanta Kumpa ¿estás muerta?

Pasarai en velero ay chaqmanta karen
la chay rumita sachisani por yayay
traiga su muna, su ropa vilcocha nie-
bla si te anchá; Ah punchao inti por
sueñito pasarai Kumpa Antoño ¿la
noche?

Pasarai Kumpa Conejo ripun, rumita
de olas saik'uni ima dakawan nisqua
en bote manai la yunta huáscar samaj-
wita yuthu flor suyarispa de la orilla;
Ay sí inga huasca la pasarai Kumpa
Antoño ¿la noche?

Pasarai nis Kumpa Conejowan la mala
sueño chillán sayani por riska la rumita
agua mamacocha kasarka ay en nave
chaskairiwita pasarai Kumpa Antoño
la noche, ¿la noche?, ¿la noche?

Las áreas siguen cruzándose. Un gran campo pardo termina de surcar el cielo cubierto de nubes. Es el fondo del mar. Germinante, un torbellino de manchas violáceas se disparan por las corrientes del agua y mecen las profundidades: es un ballenato que se desprende entre una nube de sangre. El rojo alcanza la playa; ni nubes, ni cielo, ni profundidades marinas. Son grupos apenas humanos, hacinados, apiñándose tras una formación de milicianos que avanza... no, es la Gran Muralla China. El plano se hunde en el abismo de un paisaje selenita rodeado de vegetación extraterrestre: es una cicatriz, son miles de formas vivas purulando, es pus. Desde su interior comienza a fluir agua. Las áreas se siguen cruzando, un lienzo, los fríos soles inertes, el big bang. El plano nuevamente se funde, se rompe, se quema, es sólo un destello



No, no son hierbas ni nubes ni es tampoco un atardecer ni un paisaje lunar ni siquiera un árbol con una gruesa corona de follaje. Es apenas un blanco que lo vela todo. Contra él se recorta un trecho de cielo que empieza a arder rajándose de lado a lado hasta reflectarse en el interior de una pupila que mira directamente hacia el frente, inmutable. Dentro de ella se refleja otra pupila que le devuelve la mirada y ese reflejo a su vez espejea a otra y esa otra sucesivamente a otra y a otra y a otra. El último reflejo es el de una calavera. Sus cuencas vacías se agrandan aceleradamente invirtiéndose en dos bolas cristalinas que ruedan por el piso. Un grupo de pequeños juega a las canicas, todos ríen. No, no son niños sino una formación de focas amaestradas en una piscina al centro de un inmenso auditorio. Grandes glaciares comienzan a recoger los tonos multicolores del público que las aviva. Las focas reptan por esas planicies y se lanzan al mar helado, no, es una estampida de mugientes animales arrojándose en tropel por un abismo. El abismo son las cuencas vacías de la misma calavera reflejada dentro de dos pupilas espejeadas a su vez en dos ojos muy abiertos que miran fijamente. Los ojos comienzan a incendiarse en llamas; un grito desgarrar el escenario, es una pregunta, no, es un grito, no, es un gemido apenas audible: Está vacío, oh sí, no hay nada



nada. Una muchedumbre de seres famélicos agitan tarros vacíos gritando: Está muerta, está muerta. Es sólo la figura de un niño encogido. No está muerta, está muerto. Los cuerpos hambrientos se desploman sobre el rayado de una muralla enteramente agujereada. Dice Mutter, no, dice Muerte. Todo se va al negro. La multitud grita pero no se ve. Sobre ellos se alza el hongo de una inmensa explosión atómica, no, es la fotografía de una mujer proyectándose en la pared. Las manos del niño se acercan y palpan a tientas el muro; Madre, madre: